



# El dulce vicio de escribir



Este 24 de agosto se recordarán 58 años de la muerte de uno de los poetas más reconocidos de Oruro: Luis Mendizábal Santa Cruz. Su autenticidad y su radicalismo no tienen parangón en la historia de las letras orureñas. Poeta a menudo citado pero poco conocido y comprendido. El Duende quiere hacerle homenaje publicando dos cartas en diferentes tenores:

## Carta póstuma de Luis Mendizábal Santa Cruz

*(Carta hallada en uno de sus bolsillos, después de su suicidio, en La Paz, el 24 de agosto de 1946, y dirigida al Señor Samuel Mendoza y Sra.)*

La hora de las tinieblas, cuando se está al borde de un eterno viaje, no se miente ni se desfigura la verdad tremenda de esa risueña e inútil aventura que es la vida.

Voy a reunirme con mi padre, mi hermano y otros seres muy amados, y con la hermana de Uds. Carmiña. A pesar de mis defectos y mis calamidades he sido amado en la vida, tuve mucha suerte y una horrible necesidad de morir. Al borde de todos los abismos, Dios supo protegerme y salvarme. Ahora no quiero nada. Me han comparado con muchos escritores, y nunca me han podido comparar conmigo mismo.

A mis hijos, a mis amigos y a todo el mundo al que amo, y a los que nunca me entendieron: adiós, y que Jesús los bendiga. Nadie más debe sufrir por culpa mía. Todos deben estar dichosos de esto que es mi despedida y la palabra que viene desde hace muchos años.

Adiós: Luis Mendizábal Santa Cruz.

## Carta a Luis Mendizábal Santa Cruz

No has muerto Luis, el búho de las alas rojas no cesa de izar tu sueño en la infinitud del altiplano. En tu sed, el escándalo de la inocencia: ¿Suicidio o desvarío? Apenas oficio de hojear en el escalafón de la sombra sin el cuerpo de la dicha, pues nadie tiene derecho a asombro sin que los ácidos le muerdan la mirada.

Te escribo desde el alcohol, con el mismo lápiz de humo con el que diseñabas el anverso de tu serenidad. Y porque voy caminando de la mano del viento y en el incienso rojizo del ocaso existe más de una luna de convergencias; por eso apelo a tu voz de incandescentes fulgores, voz intocada en que anunciabas los soles de la noche. Nadie te amó porque te amó, y si soplaron bruma en tus ojos y azuzaron al alacrán de la rumia sobre tus días, los ahogaste irremisiblemente en un trago largo o en un esputo cósmico.

Más que amarte el amor te amó la poesía. Por eso las palabras en tus manos fueron ritos seculares, doncellas en que amancebabas tu piel, planetas en que te hacías árbol o ave inexplicable. Luis, la soledad es negra, y la palabra "soledad" más negra aún. No porque te metieron dentro el poeta, ni por tu aspecto de occiso presentable, fue esa palabra abierta de par en par a los escarceos de la sangre, ni por haber asumido la cuerda floja con una sonrisa de saliro, no. No hay divorcio en las cosas de la sangre, no hay claudicaciones a la hora de ser la palabra y de hacer con la palabra el mundo más querido u odiado.

¿Luis, en qué silencio fue tu desamparo, qué ausencias desterraron tu semblante, qué cuerpos desovaron tu angustia, qué vientos te impusieron esta tarea de leer la felicidad sin los ojos de la felicidad? Sé que tú sabes de los azares de la llaga, de la fatigosa veleidad de los hombres, del tiempo atareado en transcurrir y desconocer las erecciones del vértigo, del ruidoso ocaso de la copa.

Nada cambiará, lo leo en la luz y sus vericuétos, me dicta la penumbra.

¿Y nosotros que en medio de estos jardines funebres?

Edwin Guzmán Ortiz, Poeta y escritor orureño.